



JUAN SKLAR

NUNCA
LLEGAMOS
A LA INDIA

emecé

Juan Sklar

Nunca llegamos a la India



emecé
cruz del sur

Recuerdo de mis padres - diecinueve

Estoy embarazado. Puedo sentir el feto adentro mío, ocupando toda mi panza. Pesa. Tira hacia abajo de un modo constante. Me comprime la espalda. Sin embargo, me gusta. Es una sensación placentera. Tiro aceite sobre mi panza y la acaricio. Me masajeo. La piel está tensa y suave como nunca antes. Me miro en el espejo. Mis tetas son las de un varón. Me parecen pequeñas para alguien que pronto va a parir. No es la panza hinchada sobre mi pene peludo lo que me parece que está mal, sino las tetas chicas sobre la panza hinchada. Me doy vuelta. Estoy rodeado de velas e inciensos. El cuarto está a oscuras, salvo por la luz de las llamas, que no iluminan otra cosa más que mi cuerpo, el espejo y el humo dulce. Abro la puerta y salgo. Sigo desnudo, pero ahora rodeado por cientos de personas. Un hombre con turbante me da la mano y me dice Bienvenido a la India.

Abro los ojos. El sueño termina pero la sensación no se va. Salgo de mi cama. Tengo puesto un calzoncillo que me compró mi mamá y una remera blanca de algodón

que era de mi viejo. Camino hacia el espejo de mi cuarto. Me desnudo y observo. No estoy embarazado. Sobre mi pito está la panza de siempre. Sin embargo, la sensación persiste. Hay algo ahí adentro.

Tengo veintiún años. Es un lunes de abril. Hoy retomo la facultad. Voy, escucho las primeras clases con las indicaciones para el cuatrimestre, me tomo un café, saco fotocopias. Todo el día me acompaña la sensación de estar embarazado. El bulto adentro mío, la pesadez.

Casi nada en mi vida me conecta con la India. No conozco su comida, ni su música, ni su ropa. No hago yoga, no canto mantras, no tomo chai. Lo único indio que hay en mi casa, que también es la de mis padres, es una foto de Shanti Bhasin, el gurú conocido como *Ramanjuna Babaji*, el Maestro indio que mi papá admira.

No le cuento a nadie sobre mi sueño ni sobre la sensación de estar embarazado que me acompañó todo el día. Después de comer, me acerco al estudio de mi padre. Toco la puerta y entro.

—Pasá —dice.

Me siento frente a él, del otro lado de su escritorio.

—Papá, tuve un sueño.

—Contame.

A su lado está la foto de Ramanjuna sonriendo tranquilo, con una guirnalda de flores en su cuello.

—Soñé que estaba embarazado y paría en la India.

Se queda en silencio. Me mira.

—¿Qué significa? —pregunto.

—Significa que estás embarazado. Y que vas a parir en la India.

16 de diciembre de 2013 - Nueva Delhi, India

Esto es un asco. Nunca en mi vida vi un lugar tan desagradable. Hay roña por donde mires, suenan bocinas todo el tiempo y el aire huele a mierda mezclada con ceniza. Necesito irme de esta ciudad inmunda. Encima tengo jet lag. De día estoy destrozado, de noche no puedo dormir.

Lo único rescatable son Lingam y Vijay, los dos indios que me están alojando en su casa. Los conocí por *Couchsurfing.com*. Me esperaron con una cena, me dieron una habitación para mí solo y me ayudaron con todo lo que necesité en mi primer día en Nueva Delhi. Tienen mi edad, treinta. Son putos.

Ser puto en India es ilegal. Todavía no le pregunté a Lingam y Vijay cómo hacen para vivir. Hoy les tiré el Tarot. Estuvo bien. Les saqué la ficha enseguida. Vijay es sensible y no para de hablar. Me hace el chai a la mañana, compra las cosas que necesito y me acompaña en las excursiones. Lingam es más racional, le gusta charlar de cosas concretas. Hace un año que tiro el Tarot. Me enseñó mi amiga Bruja cuando volvimos del Tigre. Si lo pienso, me parece un delirio. Si no lo pienso, funciona. Estoy escribiendo mientras cago en el baño de Lingam y Vijay. Me sale caca dura. Durísima. Nada de diarrea india. Con la comida y el agua soy muy cuidadoso. Me lavo las manos todo el tiempo. En la mochila tengo toallitas húmedas y alcohol en gel. Lingam y Vijay solo cocinan con agua filtrada. Son vegetarianos. No como carne desde que aterricé. Ahora empezó a salir caca floja. No lo puedo creer. La mufé escribiendo. Pero no es diarrea. Tampoco es caca floja. Es caca más floja que la anterior. Falsa alarma.

Escribo en un cuaderno rojo que me regaló Milva.

Conocí a Milva en otoño de 2007, en el cumpleaños que mi amigo Palito festejó en la terraza del PH que comparte con su novia Bruja. En ese momento Milva tenía 27 y yo 23. Hablamos toda la fiesta. Ella estaba empezando la residencia de cirugía en un hospital público. Tenía la emoción de los que no saben dónde se están metiendo. Milva es flaca, muy blanca de piel, pelo color cobre. Ni siquiera intenté darle un beso, pero al final de la noche le pedí el teléfono. En la semana, cuando le conté a Bruja que me gustaba su amiga, me dijo que me olvidara, que estaba casada con Fausto. Eso solo me dio más ganas de llamarla. Lo hice. No me atendió. Me dijo que le mandara un mail. Lo hice. Me respondió. Nos mandamos un par de cartas subidas de tono. Cuando le dije que la quería ver, dejó de contestarme.

La volví a ver en el cumpleaños de Bruja, en primavera. Fausto no viene nunca porque no se banca a Bruja ni a Palito, ni soporta mucho la combinación adolescente tardío hipster new age. Volvimos a charlar toda la fiesta. Solo que esta vez subimos a la terraza y nos besamos. Un beso corto pero con ganas, que ella paró. Me dijo que nos fuéramos separados de la fiesta y nos encontramos en un telo. Fui, cogimos. Fue hermoso. Nunca dijo nada de Fausto, ni yo hice ninguna pregunta. Al día siguiente, lo primero que hice fue llamar a Bruja y preguntarle por Milva y su pareja. Me dijo que seguían casados. Desde entonces, nunca dejé de verla. A veces más seguido. A veces menos. Cada vez que me llamaba, yo iba.

Tres semanas antes de venir para India, Milva se separó de Fausto. Pensé en decirle que viniera conmigo. Antes de que pudiera proponerle nada, ella me regaló este cuaderno para que use de diario de viaje. En la última página dice:

Un amante de muchos años ya no es un amante. Volvó a Buenos Aires y contame todo.

Hoy Vijay me llevó a su oficina. Una pocilga en un edificio hecho mierda, como de posguerra. La ciudad es horrenda, parece devastada por sí misma, pero está repleta de Audis y de iPhones. Todo el tiempo hay alguien tocando la bocina.

A la tarde fui a las ruinas de Haus Khaz. Un grupo de construcciones del siglo XIII, cuando India era un sultanato musulmán. Hay una mezquita, una madrasa y la tumba del Sultán Firuz Shah Tughlaq. Haus Khaz significa *estanque real* en farsi. Las ruinas miran hacia un lago artificial que servía de reservorio de agua. La vista, hermosa. Las ruinas, tremendas. El resto, un asco. Todo roto, todo sucio, todo el mundo metiéndose en todos lados y en cada rincón indios comiendo roti y dejando mugre a su paso. No sé quién inventó el yoga, la meditación trascendental, el ayurveda y el budismo, pero estoy seguro de que no fue el ancestro de ninguno de estos monos cara de vasija que no saben usar la bocina.

17 de diciembre

Ayer estaba comiendo con Vijay y tuve esta conversación.

—Jano, hay algo que te quiero decir.

—Te escucho.

—Lingam y yo somos homosexuales.

—Ya lo sé, Vijay. Hace tres días que vivo con ustedes.

—¿Y?

—Comparten el cuarto.

—En India muchos hombres comparten un cuarto o incluso la cama. Por la falta de espacio.

—Van de la mano.

—En India los amigos van de la mano. Vos lo viste por la calle.

—Hablan como pareja, se mueven como pareja, se pelean como pareja.

—¿Tan putos somos?

—Sí.

Vijay se rio y fue a la cocina a buscar más dhal para comer con el arroz. Comparten un departamento muy lindo en un suburbio de Delhi. Vijay es diseñador gráfico. Lingam trabaja en marketing de Animal Planet India. Vijay volvió con el dhal.

—Con tu foto de perfil de Facebook ya uno se da cuenta de que sos puto —dije.

—La voy a cambiar entonces. No quiero que mis padres sospechen nada.

—¿No saben?

Vijay negó con la cabeza.

—Vivís hace cinco años con el mismo hombre, dormís en la cama con él y andan por la calle de la mano. Cuando vienen para acá, ¿qué creen que está pasando?

—Ellos no vienen. Voy yo a donde están ellos.

—Y las mucamas que vienen cada mañana, ¿qué piensan? ¿No tienen miedo de que los denuncien?

—Las mucamas piensan que somos amigos. Además, el Código Penal Indio dice *Quien tenga acceso carnal voluntario en contra del orden de la naturaleza, con cualquier hombre, mujer o animal, será castigado con la prisión de por vida*. Lo que está penado en India no es ser puto. Es el sexo anal. Para condenarme tendrían que meterme una cámara en el culo.

Nos reímos.

—Tener sexo anal con una mujer también es delito.

—Uh.

—Lo sé. Por suerte hay muchas movilizaciones en

contra de esta ley y mucho apoyo de los famosos. Lingam y yo vamos a todas las marchas.

—¿Tus amigos saben que sos puto?

—Obvio —dice Vijay revoleando las manos y los ojos. Mi hermana sabe, mis primos saben. Solo mis padres no saben y mi hermana me pide por favor que no salga del clóset. Nosotros somos jain.

El jainismo es una religión minoritaria de India que nació en el siglo V antes de cristo. El núcleo de su doctrina es la ahimsa, la no-violencia, pero llevada al extremo. Los jain ortodoxos son veganos, no comen nada de origen animal y tampoco comen papas ni cebollas, ni otra verdura con raíces, porque al arrancarlas de la tierra se lastiman pequeños organismos. Son la minoría religiosa mejor educada de India.

—Cuando era más chica mi hermana se enamoró de un hombre de otra religión. Mis padres se opusieron. Un día, mientras toda la familia miraba la televisión, mi hermana se fue al baño. Veinte minutos después no había vuelto. Mi madre fue a ver y descubrió que mi hermana se había escapado de la casa. Se fue con el tipo.

Vijay sirvió el dhal y lo mezcló con el arroz.

—En India existe algo que llaman honor crimes. Es cuando una familia siente que fue deshonrada y va y asesina al hijo o a la hija que los deshonró. En general los queman. Un año después mi hermana volvió. Estaba casada con el tipo. Pasaron por Delhi y a la semana se fueron a vivir al Golfo Pérsico. Ahora yo soy la única esperanza de mis padres de tener nietos jain y una gran familia jain como siempre soñaron.

Vijay se sirve un vaso de agua y se lo toma.

—Mi hermana tiene miedo por mi padre.

—¿Miedo de que te maten?

—No. Mis padres nos quieren mucho. Son jain, nun-

ca harían eso. Mi hermana tiene miedo de que mi papá se suicide. ¿Más dhal?

—Sí, por favor.

17 de diciembre

Son las cuatro de la mañana y ya estoy levantado. En Buenos Aires es mediodía. Lingam y Vijay no se despiertan hasta dentro cuatro horas. Milva me mandó un poema por mail.

*Aprieto tu corazón
exanguinado
por la bala que buscaste.*

*Aprieto tu corazón
sabiendo que no puedo
volver el tiempo atrás
que somos y seremos hasta el fin
este horror rojo y solitario.*

*Aprieto tu corazón
para traerte al mundo luminoso
que me deja ciega.*

Lo escribió en la guardia, después de pasar tres horas en el quirófano tratando de que no se muera un pibe chorro colombiano al que la policía le había pegado un tiro en la garganta.

Milva sufre. Vive escribiendo pequeños poemas sobre sus pacientes de hospital público que llegan destrozados a la guardia por la violencia o la desidia. A esta altura de su carrera casi todos los médicos que la rodean están

insensibilizados al dolor ajeno. Fausto está insensibilizado. Él también es cirujano. Era el profesor de Milva en la Unidad Docente Hospitalaria. Pero ella sufría antes de ser médica y va a seguir sufriendo incluso si se acabaran todas las enfermedades de la Tierra. Le duele que las cosas sean como son y la melancolía es su manera de soportarlo. Extraña un mundo que nunca existió.

Su tristeza me excita. Escucho sus poemas de pena y dolor y solo pienso en cogérmela. Trato de disfrazarlo de empatía, pero no lo es. No me importan sus colombianos baleados ni sus obreros con la mano triturada por una amoladora. Me gusta ella, tratando de que no se le caigan las lágrimas, sufriendo.

Nunca conocí a Fausto. Sé qué aspecto tiene porque veo las fotos en la casa de Milva, pero no sé cómo es su voz. Sé que es bueno en lo que hace y que ella lo admira. Nunca se me ocurrió criticarlo. Hablar mal de él sería hablar mal de mí. La medida de mi hombría está dada por la calidad del hombre al que le robo la mujer.

18 de diciembre

Hoy Vijay me llevó a la Gurudwara Sis Ganj Sahib, un templo sikh que tiene un comedor público. Vas, te sentás, pedís comida, te la dan. No hace falta ser sikh, ni creer en Dios. Para entrar te piden que te saques los zapatos y te cubras la cabeza. Si no tenés cómo te dan unos pañuelos inmundos. Yo agarré mi bufanda negra, me la enrollé en la cabeza y me hice un turbante. Entramos, comimos. Todo muy rico. Después fuimos al templo y escuchamos a los músicos y vimos a la gente rezar y donar plata. Vijay tenía que trabajar y se fue. Me quedé solo.

Caminé hasta Jama Masjid, la mezquita más grande

de India. Entran veinticinco mil personas. Yo seguía con mi turbante-bufanda. Di unas vueltas, saqué unas fotos, me senté en una fuente. Cada tanto un musulmán se acercaba a lavarse la cara y los brazos. Desde los altoparlantes de la mezquita empezó a salir la voz de un tipo hablando en árabe, recitando algo que supuse era un rezo y después, música. Como si hubieran prendido un imán de musulmanes, todos los presentes (hombres) comenzaron a caminar hacia un claustro abierto. Alguien de la mezquita, de túnica negra y turbante blanco, se acercó a los gringos, les preguntó si eran musulmanes y cuando le dijeron que no, los invitó a retirarse. A mí también me preguntó por mi religión. Como un acto reflejo asentí. Me invitó a rezar. Caminé hacia el claustro. En toda la mezquita no quedaba un solo gringo. El de túnica negra y turbante blanco caminaba conmigo. Llegamos al claustro. Entonces me saco las zapatillas y las dejo en la entrada. El espacio, una especie de galería abierta, tiene una alfombra que la atraviesa a lo ancho, de punta a punta. Cada fiel tiene un pedazo de alfombra para hincarse ante Alá. Los miro, me arrodillo y hago como que rezo.

Es evidente que no soy indio ni musulmán. Tengo puesto una remera manga larga de Abercromby&Fitch, una mochila Montagne y mi turbante es una bufanda enrollada. De reojo miro a los musulmanes y los copio. Me arrodillo, apoyo la frente en la alfombra, junto las manos. Tengo modelos para imitar a la izquierda y a la derecha. Todos hacen lo mismo. Cierro los ojos y repito el procedimiento. Me pierdo. Los vuelvo a abrir. Levanto un poco la cabeza y noto que en todo el claustro, rezando conmigo, hay casi dos mil indios musulmanes. La mezquita no está llena (no es una festividad, ni siquiera es viernes) pero igual la cantidad impresiona. Mi corazón tira un cambio de paso y arranca a latir mucho más rá-

pido. Me van a cagar a trompadas. Se van a dar cuenta de que no sé rezar, de que no soy musulmán, de que me estoy tomando su religión como atracción turística, de que tengo una bufanda de sombrero, y me van a romper el culo a patadas.

De los parlantes salen versos en árabe y música religiosa. Todos rezan. Nadie se levanta. Decido quedarme y seguir rezando. El rezo se prolonga. Ya lleva más de media hora. Los musulmanes se agachan, se agarran los brazos, apoyan la frente en la alfombra, señalan a La Meca. Trato de mantener los ojos cerrados y repetir el procedimiento de memoria, pero no puedo. Cada dos o tres minutos tengo que mirar al costado para saber qué está haciendo el resto. En un abrir de ojos veo que el de la túnica negra y turbante blanco me está mirando. Se dio cuenta. Me va a gritar algo en árabe y me van a matar ahí mismo. Otra vez el instinto me lanza hacia la alfombra y sigo rezando. Abajo, arriba, me agarro los brazos, señalo La Meca. Una, dos, tres, cuatro veces y con todo mi corazón le pido a Alá que me saque de esta. Se lo pido en serio. Porque estoy solo. Porque en este país desquiciado te asesinan por religión con la misma saña con la que en Argentina te matan por ser hinch del cuadro equivocado. Porque tengo miedo.

Ese mismo día, unas horas antes, saliendo de la Gurudwara Sis Ganj Sahib, el templo Sikh, Vijay se sacó su pañuelo de la cabeza antes de tiempo. Apareció uno de turbante y empezó a gritarle en punjabi. Vijay trató de responderle en su idioma, el hindi. El de turbante lo pecheó y lo siguió puteando. Vijay pidió disculpas y nos fuimos silbando bajito.

Sigo rezando junto a dos mil musulmanes.

¿Por qué me meto en estas situaciones? En 2004, en el carnaval de Bahía, donde todos los años mueren al me-

nos cinco personas, me metí a bailar en cuero en el bloco equivocado, le hablé a la mujer equivocada y me comí un roscazo. Siete puntos bajo la ceja izquierda que siguen ahí para recordarme cuán seguido me voy al pasto.

Sigo con mi plegaria. Espero que Alá me escuche. Un musulmán, a cinco metros de mi pedazo de alfombra, se levanta, hace una morisqueta islámica y se va. Después otro. Algunos se quedan rezando. Otros no. Tengo el impulso de irme corriendo. No lo hago. Me arrodillo, apoyo la frente un par de veces más en la alfombra, señalo a La Meca, murmuro *Alá, por favor que no me pase nada*, y ahora sí, me paro y enfilo hacia la salida. Uno, dos, tres, cuatro pasos, nada, ocho, nueve, diez pasos, salgo del claustro, once, doce, trece, me pongo las zapatillas, catorce, quince una mano me agarra de atrás, tu-cún hace mi corazón, una vuelta completa en el pecho. *Señor, no puede usar calzado acá*. Paro. Siento el alivio. El aire me entra en los pulmones, pero mi sistema circulatorio sigue sobrecargado. Me saco las zapatillas. Camino los dieciséis, diecisiete, cuarenta pasos que me faltan y salgo de la mezquita. Me pongo las zapatillas y me voy.

Cuando llego a casa le cuento a Vijay toda la historia. Se pone como loco. *Cómo se te ocurre, te van a gritar, te van a pegar, te van a matar*. Es una madre india enojada con su nene travieso. Revolea las manos, los ojos, se agarra la cabeza. Parece la imitación teatral de un reto real. Me sacude el índice en la cara y me recuerda cien veces lo mal que estuve. Termina. Toma aire, se alegra de que no me hayan lastimado y me manda a mi cuarto a escribir la anécdota. *It can be a chapter of your book! You can name it «Stupid Argentine almost gets killed in India's largest mosque.»*